

fuerza de aquella posicion. A esta nueva, el terror de un choque violentísimo se esparció por la ciudad; muchos habitantes abandonaron sus hogares, y otros tomaron todas las precauciones posibles para el caso de un bombardeo.

Un ejército francés de sesenta y cinco mil hombres á las órdenes del mariscal *Gerard*, y mandadas sus divisiones por los duques de *Orleans* y de *Nemours*, ocupó la ciudad el día 28 de noviembre de 1832; y el 30 á la media noche rompió el fuego de la ciudadela contra los trabajos de aproximacion, emprendidos por los franceses á pesar de las lluvias continuadas y en medio de indecibles obstáculos.—El 4 de diciembre rompieron estos, en fin, por su parte el fuego, siguiéndole durante 19 dias con tan horrible vigor, que muy luego fueron acribillados por las balas los edificios de la ciudadela, el piso de sus plataformas hundido por las bombas y mutilada gran parte de su guarnicion.—El 14 de diciembre fué tomada por asalto la luneta de San Lorenzo, despues de 15 dias de trinchera abierta, y el 22 el fuego redoblado de todas las baterías francesas y belgas, y el de las lanchas cañoneras estacionadas delante de los fuertes, cubrieron materialmente de proyectiles todo el suelo de la plaza; habiéndose calculado en setenta y cuatro mil los disparos de la artillería sitiadora; de los cuales veinte mil bombas, que dejaron arruinados todos sus edificios, y ni un palmo siquiera de abrigo á sus defensores; en términos que el día siguiente 23, al tiempo de ir á darse el asalto general, dos oficiales holandeses se presentaron como parlamentarios en el campo francés; pero mientras se trataba de las capitulaciones, el comandante de la escuadrilla holandesa *Koopman*, no queriendo entrar en ella, intentó escapar con sus buques; mas detenido por las baterías

francesas, prefirió incendiarlos durante la noche, último y terrible episodio que ofreció aquel sangriento cuadro.

Al día siguiente, 24 de diciembre, la guarnición de cinco mil hombres entregó las armas, y los franceses tomaron posesión de la ciudadela, que el 31 entregaron á los belgas, llevando solo á París por testimonio de su conquista las banderas holandesas.

Todas estas noticias las debo al amable conserje de la ciudadela, que me acompañó en mi visita, y me contó el sitio con toda la inteligencia de un militar, y con toda la exactitud de un testigo de vista.

Viniendo ahora á los edificios públicos de la ciudad, solo me permitiré citar algunos, como la *Casa consistorial*, obra de bella apariencia del siglo XVI y del tiempo de la dominación española.—La *Bolsa*, también de la misma época, especie de claustro abierto entre cuatro calles que le dan entrada, de una fisonomía original y propia.—La *Casa Anseática* delante del puerto, que sirvió en otro tiempo de factoría á las ciudades anseáticas, soberbio edificio, con el cual juega bien el otro de *Depósito mercantil* de moderna construcción.—El *Teatro*, en fin, inaugurado en 1834, de una bella y suntuosa forma, y que, como el de Bruselas y el de Gante, puede competir con los más bellos de París ó de Londres: sin embargo, su misma magnificencia y suntuosidad pudiera achacarse de exagerada, atendiendo á la reducida población de Amberes y á la poca inclinación que manifiesta á los espectáculos escénicos, bastando á los activos negociantes de que se compone en su mayor parte aquella, reunirse por las noches en cualquiera de los muchos cafés *estaminets*, formar corro en rededor de una mesa con sendos vasos de

cerveza delante, y su pipa en la boca, y pasar asi tres ó cuatro horas tratando de sus negocios, ó narrando sus aventuras, con aquella calma y franca solemnidad con que los pinta David Tenhiers en sus admirables bocetos.

Puede presumirse que en aquella *ciudad-museo* el establecimiento que lleva especialmente este nombre, será de una riqueza extraordinaria: lo es con efecto bajo el punto de vista del mérito de las obras en él espuestas, aunque malamente colocadas en un antiguo edificio des-templado, húmedo y con escasísima luz.—En él se admiran mas de doscientos cuadros de la escuela flamenca, entre ellos muchos de Rubens y de Van-Dick, y el sillón de que aquel usó en la sala de juntas. En este edificio se reúne la Sociedad del fomento de las bellas artes, y en una de sus salas hay abierta una esposicion perpétua de las obras de los artistas contemporáneos, que, rifadas en el día 1.º de cada año, sirven á estimularlos y sostenerlos, llamando la atencion en muchos cuadros en ella espuestos, las buenas tradiciones de las escuelas flamenca y holandesa que se conservan aun en los jóvenes pintores amberinos.

Las iglesias de Amberes merecen fijar muy especialmente la atencion del viagero.—Grandes, bellas, ricas, bien cuidadas y cubiertas con profusion de mausoleos de mármol, de bellísimas pinturas y efigies, necesitan muchas y prolongadas visitas para ser bien conocidas, y exigirían aquí una difusa relacion.—Desgraciadamente no la permite el espacio, y asi solo diré que en la de Santiago, (admirable edificio casi todo de mármoles, enriquecido por una verdadera galeria de cuadros de primer órden) se encuentra una capilla destinada á la familia de

Rubens, que en ella reposa, y cuyo panteon cubre una ancha losa con las armas del célebre artista caballero, del favorito diplomático de María de Médicis y Felipe IV. —El mas bello adorno de esta capilla consiste en un cuadro pintado de su mano, que representa la Santa Familia, en el cual introdujo su retrato el artista, bajo la figura de San Jorge, y los de su padre y sus dos mugeres bajo los de San Gerónimo, Marta y Magdalena.—En la iglesia de San Andrés, obra de la infanta Margarita, hay que admirar magníficas esculturas, y un bello mausoleo erigido por dos señoras inglesas á la memoria de la infortunada María Stuarda.—En la de San Pablo; en la antigua de los Jesuitas, hoy San Carlos Borromeo, dirigida por el mismo Rubens; en la de San Agustín; en la de San Antonio; en la de San José, que perteneció á las Carmelitas, fundadas por Santa Teresa de Jesús, y en otras varias, una riqueza inmensa de cuadros magníficos, de bellas esculturas, de alhajas y curiosidades.

Sobre todo, la magnífica *Catedral*, dedicada á *Nuestra Señora*, es uno de los monumentos de arrogante osadía, uno de los mas admirables conjuntos artísticos que existen en Europa.—Atribúyese su construccion al siglo XIII, y tiene de largo quinientos pies, por doscientos treinta de anchura y trescientos sesenta de elevacion: su nave principal es reputada por la mas perfecta despues de la de San Pedro en Roma; y cuando se entra en ella, causa un movimiento de agradable sorpresa su bella cúpula iluminada lateralmente; el techo pintado al fresco con magnificencia; su elegante vidriería, y la riqueza de sus altares de mármol y de elegante forma.—Deteniéndose á visitar sus capillas, llega á su colmo el placer del artista, contemplando los mas célebres cuadros de la escuela flamenca; sobre todos las obras capitales de Rubens y Van-Dick, el *Descen-*

dimiento y la *Elevacion de la Cruz*, colocados en los lados del crucero, exigen absolutamente la peregrinacion á Amberes de todo artista entusiasta.

La famosa torre lateral que decora la portada de este soberbio templo, acabada en 1318, es tambien una de las mas bellas y atrevidas que existen en el mundo.—Su elevacion es de cuatrocientos sesenta y seis pies, y se sube por seiscientos veinte y dos escalones hasta su última galería; posee un juego de noventa y nueve campanas, que ejecuta á cada hora preciosas sonatas: la campana grande (cuyo padrino fué Carlos V) pesa seis mil libras, y necesita diez y seis hombres para ser movida.

Desde aquella altísima galería se descubre casi toda la Bélgica, y parte de la Holanda; Bruselas, Malinas, Lovayna, Tournouth; y hasta con el auxilio de un buen anteojo alcánzase á ver el humo de los vapores que entran por la embocadura del Escalda: el magestuoso curso de aquel rio, las llanuras pantanosas de la Holanda, la ciudad de Flessinga, y aquellos muros de *Breda* que me recordaban el drama de *Calderon*, el cuadro de *Velazquez*, y la lacónica carta del Conde-Duque de Olivares al general de nuestro ejército: «*Marqués de Espinola, tomad á Breda.*»

Pero la estacion invernal se habia adelantado durante mi permanencia en aquel pais; el Escalda y el Mossa, á ejemplo del Ródano y el Saona, habian olvidado sus márgenes y se estendian por las artificiales praderas del Pais Bajo, convirtiéndolas en un eterno lago que habia que atravesar á bordo de una diligencia.—Tuve, pues, aunque con sentimiento, que renunciar al proyecto de seguir hasta Amsterdam y La-Haya, y terminar aquí un paseo que con tal desencadenamiento de elementos me ofrecia peligros ciertos por dudoso ó escaso placer; regresando á Bruselas,

y de allí á París, no sin dar un largo rodeo para tener el gusto de visitar la suntuosa y antigua catedral de *Reims*.

Pasado en París lo mas crudo del invierno, habia determinado continuar mi correría y visitar

il bel paess
eh' Apennin parte, e'l mar circonda e l'Alpe

pero las embajadas italianas ofrecen hoy mil inconvenientes para autorizar los pasaportes de los viajeros españoles. Torné entonces mis miradas á la Gran Bretaña; pero la ví envuelta en espesas nieblas, de que conservaba triste memoria por otro viage que hice á aquel pais hace siete años.

—Visto lo cual, y atendidos tambien los deseos que picaban el ánimo de platicar con mis paisanos en el habla de Cervantes, y de tornar á ver el agraciado rostro y lindo talle de mis paisanas, tomé rápidamente la vuelta del Pirineo, saludé las Castillas, y dí fondo á pocos días en la casa de postas de Madrid.

DE VUELTA A CASA (1).

EPILOGO.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid, tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir mas allá del puente de Toledo ó de la venta del Espiritu Santo. Fingia ignorar pacíficamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y estas creíalas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de Palacio ó desde el campo del Moro.—Alguna rara vez, es cierto, llegaba á hacer escepcion á tan monótona existencia, concurriendo á la funcion patronal de Va-

(1) Este artículo, escrito por el autor al regreso de su primer viage á Francia é Inglaterra (1833—1834) puede servir de epílogo de ambos, y como tal no parece desdecir al final de estos RECUERDOS, porque tratando del mismo asunto, y en igual estilo, reasume el pensamiento critico y leccion moral que se propuso el autor en aquellos.

llecas ó á los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver á su casa en la desvencijada y bulliciosa calesa, creíase otro nuevo Anacharsis, tendia el paño, y comenzaba la relacion pintoresca de su viage; decia entre otras cosas que el cerro de los Angeles mirado de cerca tiene diez leguas de altura, ó se estendia en pintar las costumbres sociales de Villaverde ó de Getafe;—semejante en esto á un viagero francés (ligero como todos los franceses, y ponderativo como todos los viageros), que estampaba en su diario: «*Sábado 24 pasamos á cinco leguas Ni de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en extremo amables y hospitalarios.*»

Si por un esceso raro de curiosidad, ó porque su empleo le uniese á la córte, llegaba nuestro convecino á hacer alguna expedicion á los sitios reales, ¿quién le podia sufrir entonces? Cristóbal Colon y el capitán Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viagero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia ú otro negocio de no menos importancia le obligaban á apartarse cuarenta ó cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años antes, arreglar su conciencia y negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando; pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones, que hace veinte y tantos años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un va-y-ven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta á nuestra generacion actual para parecer sombras chinescas ó rápidas ilusiones fantasmagóricas.—Señores, atencion... mirenles Vds. bien... ¿los ven Vds.?, pues ya no los ven.—Hoy en el Prado, mañana en el Bou-

levart, pasado en *Hidepark*; amanecen en Madrid, comen en París y van á hacer noche en Lóndres.

Para los madrileños, en especial la visita á París es tan necesaria como para los musulmanes la peregrinacion á la Meca, ó para los ingleses el *viage grande*. No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia; y al oír las apasionadas relaciones de los que vienen, es cosa de rechinar los dientes los que no llegan á ir. Éste aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oír y envidiar por los demás, y la consideracion que de ello resulta, es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí ios medios que están á su alcance.

Hay quien destina á los espectáculos y fondas de París las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van á buscar la instruccion en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viage; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demás ensalada italiana que traia en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria; y los hay que vuelven contentos con haber aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, maneras y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trages, corbatines y almohadillas, todo nos viene de París. Solo la moneda se nos va.

A vista, pues, de aquel general movimiento, de aquel

impulso involuntario ¿quién ha de permanecer quieta? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir á costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar á los demás? No será, por lo menos, aquel que, como yo, á la calidad de *Curioso* reuna la circunstancia de *Parlante*. Hé aquí una razon bastante para determinarme; y ya que mi insignificancia política no me obligaba á ninguna emigracion, y puesto que ninguna comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco á los paises extranjeros quise visitarlos solo por gusto ó comodidad, á espensas propias y campando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de mas de cuatro exagerados con esta sencilla espresion: «*lo he visto tambien.*»

Ocasion era esta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descripcion de mi detenido viage por Francia, Inglaterra y Alemania, amenizada con episodios mas ó menos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohijaria las relaciones de viageros poco escrupulosos, describiendo con igual ligereza que ellos, el movimiento y la vida de Lóndres y París, su comercio é industria, espectáculos y diversiones; el puerto de Liverpool y el de Brighton; las escuadras inglesa en Porstmouht y la francesa en Tolon, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los caminos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lyon y de Marsella; describiria las pintorescas orillas del Rhin; y me daria, en fin, importancia suma sin mas trabajo que el de trasladar alguno de los innumerables itinerarios, guias y cartas de ruta que comprára al paso, prestándoles cierto saborete de originalidad con tal ó cual anecdotilla personal, ya robada, ya auténtica, que me hiciera aparecer cual otro *Sterne* sentimental á

los ojos de mis lectores.—De este modo, pues, fácil me hubiera sido llenar tres ó cuatro tomos que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros extranjeros, y dar de sus países una idea tan estravagante por lo menos, como la que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances (1).

Los españoles, sin embargo, pecamos en el extremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos á escribirlo; y hé aquí la razon porque carecemos de descripciones originales, no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino aun de los países mas conocidos de Europa y aun de nuestra misma España.—El miedo de no hacerle con perfeccion, nos impide el hacerlo de ninguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de mi insuficiencia, debería mas que ningun otro seguir en este punto la moda del país; empero, entre relacionar minuciosamente el viage ó hablar solo de la vuelta; entre desenvolver el argumento del drama ó decir solo su desenlace, hay por lo menos tanta distancia como de Humbolt ó Victor Hugo á mi persona, como del Diccionario de Miñano á la Guia de caminos, como de un *infolio* á un folle-

(1) De esta ligereza y mala fé de los modernos viajeros transpirenaicos, se dijo lo bastante en el artículo primero, que sirve de introduccion á estos RECUERDOS. Mas á pesar de lo acerbo de aquella punzante sátira, no pudo el autor adivinar todos los dislates y chocarrerías que despues habian de consignar en sus respectivas leyendas sobre España, MM. Charles Didier (*Six mois en Espagne*); Roger de Beauvoir (*La Porte du Soleil*); Teophile Gauthier (*Tras-os-montes*); Alexandre Dumas (*De Paris á Cadix*); Chalamel (*Un été en Espagne*); Georges Bourrow (*La Bible en Espagne*); Giraud et Desbarolles (*Deux artistes en Espagne*), y otros muchos que seria enojoso recordar.

tin de diario. Y es para solo este objeto para el que reclamo hoy la benévola atencion de mis lectores (1).

La diligencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera alli para conducir los viajeros á Barcelona.—Es un momento de verdadera sensacion el de este cambio, y no es difícil leer en los semblantes los distintos afectos que premueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria ó el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser mas animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles en sus trages respectivos, forman un interesante contraste, y renunciando á sus respectivas lenguas, se entienden en catalan, que participa de ambas.

Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados á los carruages respectivos: los caminantes se apresuran en torno de ellos, los mayores chasquean sus látigos y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre:

«*Conducteur, prenez garde á ma malle.*»—«*Muchacho, esa sombrerera.*»—«*A Deu, noya, á la turnata.*»—«*Mon porte-manteau.*»—«*¿Combien d'ici á la frontiere?*»—«*Las onse horas.*»—«*Bon voyage.*»—«*Messieur, en voiture.*»—«*Señores, á la diligencia.*»—«*Iiiiiii, á Perpiñan.*»—«*A Barselona; zagaaa-la.*»

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera á Madrid; y

(1) El regreso de este primer viage en 1834 fué por el Lionés, la Provence y el Languedoc, entrando en España por Cataluña.



el placer que me resultaba de volver á ver á España despues de un año de ausencia voluntaria, grata y divertida; me hacia calcular el imponderable que debian experimentar aquellos que tras largos años de proscripcion volvian á ver abiertas las puertas de su patria.

Uno de los sugetos compañeros de viage se hallaba en este caso, y á cada sitio, á cada montaña, á cada pueblo que reconocia, asomaban las lágrimas á sus ojos, dándonos á conocer lo interesante de su situacion. Venia acompañado de una linda jóven hija suya, que aunque nacida en España, habia pasado la mayor parte de su vida en un colegio de París. El resto de la diligencia estaba tan armónicamente organizado, que un poeta clásico hubiera necesitado muy poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, á la que no hubiera faltado el interés y sobre todo el *movimiento*. Teníamos allí, además de los ya dichos interlocutores, un fabricante de Lion, un elegante madrileño, un viagero inglés, una modista de París, un comerciante y un literato, españoles, y un peluquero francés. Calcúlese ahora si con tan buena compañía podian hacerse largas las horas del viage.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aquí punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridículos, que mediaron en tan larga travesia; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendiendo los estrechos límites de este artículo y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filosófico podia deducir la exageracion ó falsedad de las ideas que los vagos rumores, las extravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro pais á los extranjeros y aun á los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imaginaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, hervian sus cabezas en multitud de planes mas ó menos importantes que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo, que en los meses de mi ausencia habia apenas podido saludar aquellas invenciones, creíalas todas oportunas, todas realizables y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos era el de clamar contra la inercia de los españoles, lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres; el respetable anciano que regresaba á su patria, atribuíalo todo á la empleo-manía, esta funesta plaga de nuestra sociedad, que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta con ruina de los pueblos las clases improductivas, y convierte en mecánicas ruedas á los que pudieran ser agentes de la gran máquina social.

—Vea vd. aqui, exclamaba el comerciante, unos campos estériles y yermos, sin duda por ignorar que á beneficio de los pozos artesianos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh! si mis empresas llegan á tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este pais.

—Sin embargo, replicábale yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe vd. sino al mayoral, que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino y asi lo demás.

—Todo eso consiste, replicaba el inglés, en la escasez de comunicaciones y el mal estado de los caminos, que

impiden la rápida circulacion; nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y caminos de hierro, y si este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega á tener efecto...

A este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche para rogarnos que nos apeásemos, á fin de pasar una de las elevadas cordilleras que dividen la Cataluña del Aragon.

—Vea vd., le dije yo al inglés, algo que podria oponerse en nuestra España á la realizacion de muchos proyectos.

—Los adelantos de la industria, decia magistralmente el fabricante lionés, son muy escasos en vuestro pais, y solo el estímulo de los estrangeros podrá hacerles progresar. Convencido de ello, traigo á él no solo géneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura á la manera de las nuestras, que llegue á libraros en parte del crecido tributo que pagais á la industria estrangera.

—Desengáñense vds., señores, no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros paises la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que hace impracticables en muchas de nuestras provincias esos descubrimientos; es la configuracion de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos á la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hay), sin detenerse de ellas, procuran marchar conformes con los adelantos materiales del si-

glo, de lo cual todos vds. tendrán ocasion de convencerse, haciendo justicia á la constancia y al teson con que saben vencer muchas dificultades.

—«¡Ah! el buen español (esclamaban los extranjeros), como sale á la defensa de la patria.»—

Otras veces, sin remontar tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al literato, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demás paises, nos entusiasinábamos al recordar el sinnúmero de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos; recordábamos con placer los teatros de París y de Lóndres; y luego comparábamos con aquel brillante cuadro el mezquino que las letras y las artes presentan hoy en nuestro suelo, y escitábamos á nuestro contrincante á emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al pais de instruccion y de recreo.

Por último, cuando cansados de estas discusiones llegábamos á ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viage, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colegialita de París; con el peluquero *Alcibiades* y madam a *Tul Bobiné*.

Es cosa sabida que el amor en viage hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto que no perdía el tiempo como nosotros en discusiones áridas y encrespadas, y cuando mas, terciaba en ellas siempre que se rozaban tanto cuanto con algun punto de modas ó de espectáculos.—Se hablaba de industria, nos enseñaba la tela de su chaleco ó las cadenas de su reloj; se trataba de literatura, nos citaba un trozo del *petit Courrier* ó del *Almanak des dames*; pero todo con

un aire de satisfaccion y de suficiencia, que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadoso del resto de ellos, prestaba toda su atencion y dirigia casi siempre su discurso á la agraciada niña, á quien por estos medios pretendia cautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, ó sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo, tuvo ocasion de observar repetidas veces, que cuando este por una transicion, por desgracia harto frecuente, se permitia con ella alguna intencion ó libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto mas severo, y le dirigia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista su posicion era mas armónica. Exactos conocedores de los usos y las costumbres respectivas, hablando un mismo lenguaje, y colocados en igual categoría, no era difícil que muy pronto llegaran á entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendíamos los demás.

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin á la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habíamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo.—Los estrangeros pedían un *fiacre* que los condujese. No los había allí á mano. Los españoles se contentaban con un criado; tampoco se presentaba ninguno. Aquellos preguntaban por un *hotel*.—«Aquí no hay hoteles.»—Estos demandaban un *cicerone* que les enseñase las calles.—Tampoco.—«Las cosas de España,» decia el comerciante.—«Esta gente no quiere moneda,» replicaba el inglés.—«*Oh le vilain pais!*» concluian el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear despues de un agitado viage la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver á comunicar con los compañeros de diligencia, á quienes suponía legítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopias. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme á cierta antesala de un ministerio, y donde menos pudiera pensar, acerté á encontrar al viejecito declamador contra los empleos. Confieso mi malicia; pero por mas que pretendió ocultárseme no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche.

—Qué quiere vd., amigo, á mi edad ya no se puede aprender otro oficio; ¡si volviera á nacer!

—Probablemente haria vd. lo mismo: créame vd., le repliqué, si nuestro compañero el inglés conociese bien nuestro pais, no hablaría de caminos de hierro, ó los aplicaria solo al camino de la tesoreria, que es el único frecuentado en España.

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó á entrar casualmente en la antesala, tan largo como un ciprés, trayendo bajo el brazo un rollo de papel, aun mas largo que él mismo. Venia acompañado del fabricante lionés y ambos tenian que hablar á S. E.; aquel para recoger la primera parte de su proyecto que hacia seis meses que habia entregado y dejar la segunda; pues cansado de esperar, hacia ánimo de recogerla al regreso de un viage á América; el fabricante venia á solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por géneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejasen libre para volverse á su pais.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros

compañeros de viage.—El comerciante empresario, despues de tentar mil proyectos mercantiles é industriales, despues de haber querido establecer *teatros, omnibus, casas de baños, divanes, hoteles* y demás, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacen de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila.—Tambien me dijeron que el literato, habiendo verificado varias de las publicaciones que nos anunció, solo habia podido obtener veinte suscripciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viage y yo.—Solo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente; el uno con su relumbrante salon, y la otra con su fantástico taller; aquel descargando las cabezas, y esta adornándolas á á la moda.

Por lo que hace al elegante, tuve ocasion de verle varias veces en teatros y diversiones; al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le ví amoldarse á ella; en términos que el lunes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gra-cejo y agitado movimiento de abanico la severa ex-cole-gialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa á la izquierda, mientras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame solo dar cuenta de mi persona, pues segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traia en la cabeza mucho ruido de proyectos económicos y literarios. Habia además formado mi plan de vida diametralmente opuesto al que seguia antes de mi viage; creia haber llegado á aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero... ¡qué se yo

por qué!... asi que me ví en Madrid empecé á levantarme á las siete, luego á las ocho, despues á las nueve; empecé á salir á las doce; á sentarme en las librerías á la una, y en las tiendas de la calle de la Montera á las dos; á comer la inevitable olla á las tres; á echar la siesta á las cuatro, y levantarme á las seis; á ir al Prado á las siete, y al café ó al teatro á las ocho; á tertulia á las once; á cenar á las doce y acostarme á la una, y asi un dia tras otro se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecian grandes ventajas, y renuncié á ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros paises) á emplear en fondos del estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una renta de 5 por 500 al año; por cierto que en el valor *efectivo* de aquel he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el *nominal* es el mismo y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto á proyectos literarios me costó mas trabajo el haber de renunciar á ellos; pero me hice cargo de que si en las circunstancias en que nos hallamos escribia de historia, ó de viages, ó de literatura, perderia mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones.—Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero en primer lugar yo soy muy impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia; ignoro la nomenclatura corriente; y sin poder hablar de *escision* y *colisiones*, y *garantias* y *pronunciamientos* y *oposicion legal* y *resistencia*, y comentar decretos, hacer alocuciones y proponer medidas y sistemas, ¿quién me hubiera entendido?—Pero es el caso que yo queria escribir y...¿qué remedio?... me de-

cidí á escribir folletines para el Diario (1).—Con esto por lo menos lograré ser leído antes de que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes ó de queso de Rochefort, y si de este modo paso á la posteridad, no será por lo menos sin algo de sustancia.

(1) Alude á que este y algun otro artículo del autor se publicó en 1885 en el *Diario de Madrid*.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

INDICE.

		<u>Páginas.</u>
I.....	Los viajeros franceses en España.	4
II.....	De Madrid á Bayona.	44
III.....	Bayona..	23
IV.....	De Bayona á Burdeos.	37
V.....	Burdeos.	51
VI.....	De Burdeos á París.	65
VII.....	París.— <i>Aspecto general.</i>	79
VIII....	El primer día en París (<i>Episodio</i>).	95
IX.....	París animado y mercantil.	409
X.....	París monumental y artístico.	423
XI.....	París científico y literario.	439
XII.....	Entierro de Victor Ducange. (<i>Episodio</i>).	459
XIII....	París recreativo.	467
XIV....	El extranjero en París.	483
XV.....	Un año en París.—Las exequias del emperador.	499
XVI....	La Bélgica.—Bruselas..	213
XVII..	Los Caminos de hierro.	229
XVIII..	Las Ciudades flamencas.—Gante.—Bruges. Ostende..	241
XIX....	Malinas.—Lieja.—Namur..	257
XX	Amberes.	269
	De vuelta á casa (<i>Epílogo</i>).	283



W

INDICE

1	Los vieiros leucos en Paris
II	De Madrid a Bayona
III	Bayona
IV	De Bayona a Burdeos
V	Burdeos
VI	De Burdeos a Paris
VII	Paris—Historia general
VIII	El primer dia en Paris (Esoch)
IX	Paris antigua y moderna
X	Paris monumental y artistico
XI	Paris contada y descrita
XII	Salida de Victor Hugo y Camille
XIII	Paris restaurado
XIV	El extranjero en Paris
XV	Un dia en Paris—Las oraciones del campo
XVI	Labores
XVII	La Batalla—Batallas
XVIII	Los Caminos de hierro
XIX	Las Ciudades limanas—Ginebra—Londres
XX	Ostende
XXI	Belgica—Lisja—Lima
XXII	Amberes
XXIII	De Xella a casa (Esoch)





